

¿QUÉ NOS IMPORTA?

Se habla i se habla con insistencia de cambio de ministerio i se designan en diversos círculos los mismos candidatos para la sucesion de los señores Altamirano, Ibañez, Barceló i Barros Luco.

Los nombres de esos candidatos se presentan como una amenaza para el partido católico.

Ni creemos en el cambio ni tememos la amenaza. Se nos antoja que el señor Altamirano no ha de dejar su sillón del ministerio miéntras no vea mas cercano un asiento de preeminencia en el wagon de nuestros ferrocarriles, i sean cuales fueren los hombres que entónces entraran a componer el gabinete no vemos que la Iglesia pudiera temer de ellos cosa alguna que los ministros actuales no estén dispuestos a hacer.

Sin duda, no los ponemos a todos en la misma línea.

El señor Altamirano es verdaderamente el jefe de la guerra que se ha declarado a la relijion. Comenzó el fuego con el asunto de los cementerios i no ha descansado un dia desde entónces. Ha llevado su buena voluntad hasta tomar a su cargo lo que debiera haber tratado su colega de Justicia; ha hecho suyo el Código Penal i el de Organizacion i Atribuciones de los Tribunales: parece que considera cosa propia todo lo que es contra los derechos e intereses de los católicos.

No negaremos que en esta campaña ha mostrado mucha actividad i excelentes pulmones; nadie lo culpará por no haber traído al debate ni grandes conocimientos de los asuntos que se ventilaban ni suficiente cordura i prudencia en los discursos i brándis que a cada instante pronuncia: desde hace mucho tiempo habia cuidado de manifestar que carecia de esas cualidades, que no parece sean indispensables en el hombre público, puesto que el señor Altamirano es, segun algunos, un hombre público distinguido.

El señor Barceló no goza universalmente de la misma reputacion. Ha sido desgraciado en su corto ministerio. Sus amigos nos dicen que dele atribuirse principalmente esa desgracia a la época en que ha venido a formar parte del actual gabinete. No les contradeciremos; pero nos parece que, si es hombre inteligente, su desgracia consistió primero en no conocer cuáles eran las tendencias de esa época, para lo cual no se necesitaba, por cierto, de mucha intelijencia, i segundo en haber continuado cuando ya no pudo ignorarlas. I léjos de manifestar repugnancia para desempeñar su papel de comparsa en la pieza que contra la Iglesia ensaya el gobierno, se nos asegura que se le vé siempre con humor alegre i festivo. Probablemente es señal de buen carácter; mas es preciso que esa bondad de carácter sea excesiva para que se haya resignado, siempre alegre i festivo, a encargarse de las famosas declaraciones hechas por él a nombre del gobierno en la Cámara de Diputados

Nada diremos del señor Barros Luco. Como ministro de Hacienda, si no ha mostrado grandes ideas, al ménos ha sido sincero al hablar de un déficit que todos veian cuando se podia contar con el progresivo aumento de rentas, que dia a dia van disminuyendo de una manera cada vez mas alarmante. Hubo un tiempo en que juzgábamos católico al señor Barros Luco. Hemos sufrido despues tan amargas decepciones, que casi no contamos entre ellas el ver al ministro de Hacienda formar parte de un gabinete perseguidor de la Iglesia.

Jamás ha pertenecido el señor Ibañez al partido católico i creemos que si se dejara guiar por la moderacion de su carácter tampoco formaria parte del estado mayor del ejército enemigo. Deplo-ramos mui de corazon el que haya preferido obrar de otra manera. *El Estándarte Católico* no habia aparecido cuando el señor Ibañez publicó las diversas piezas diplomáticas que atestiguan su contraccion, laboriosidad i distinguido talento. Creemos que mas de una de esas notas son un timbre de honra para su autor i un descanso para los que, como Diójenes, andan con su linterna buscando qué cosa alabar, sin mezcla alguna de reproche, en la actual administracion. Por lo mismo que encontramos algo bueno, no queremos fijarnos en otra cosa. Hace seis meses todos creyeron que el señor Ibañez dejaba su cartera. Habria sido para él una felicidad i para nosotros un placer: hoi nos proporciona siquiera el de servirnos para manifestar que somos justos hasta con nuestros enemigos.

El señor Pinto se muestra discreto aun para votar en contra nuestra, pues vota en silencio; el público lo imita en su discrecion: nadie dice siquiera si saldrá o nó del ministerio; imitemos nosotros, por ahora, al público i al señor ministro de la Guerra.

Se vé, pues, que al atacar al go- no no nos lleva ninguna animosidad personal. Lo mismo se conoceria si nos juzgáramos autorizados por un simple rumor para estudiar como hombres públicos a los que se supone sucesores de los actuales ministros.

No creemos que el cambio se verifique; pero si se realizara, nada nos importaria.

No se anda hasta donde el gobierno ha llegado para volver atras, i no esperamos tampoco que un cambio nos dé lo único que hoi pedimos al ministerio: franqueza en sus ataques.